

Premio Ariadna de Cuento 2020



Editorial
Ariadna

**PREMIO
ARIADNA
DE
CUENTO
2020**

Si deseas publicar tu
propio libro físico o
digital (*e-Book*)
consulta nuestros
paquetes con ventajas y
descuentos especiales.

www.editorialariadna.com

Editorial
Ariadna



En los forros: *El Minotauro en su Laberinto*. Ilustración de Marco Antonio Campos Vega

EDITORIAL ARIADNA

DIRECTORA GENERAL

CATALINA MIRANDA GASCA

PREMIO ARIADNA DE CUENTO 2020

COLECCIÓN: PREMIOS ARIADNA / 8

Marzo de 2021

D.R. © Editorial Ariadna

Diseño y formación de interiores:

An-io Olid

Tel., WhatsApp y Telegram:

55 39 56 25 06

Patriotismo 545

Col. Ciudad de los Deportes

Ciudad de México

CP 03710

editorialariadna@gmail.com

www.editorialariadna.com

ISBN: 978-607-8269-47-1

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de EDITORIAL ARIADNA.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

**PREMIO
ARIADNA
DE
CUENTO
2020**

PRESENTACIÓN

PREMIO ARIADNA DE CUENTO 2020

A pesar de la Pandemia por Covid 19, decidimos convocar al Premio Ariadna de Cuento 2020. El ambiente estaba envuelto en un hálito de incertidumbre. Las medidas de emergencia tomadas por el Gobierno limitaron enormemente el tránsito y la convivencia cotidiana a la que estábamos acostumbrados. Vimos reducida la libertad de ser y de hacer. Tuvimos que practicar nuevos hábitos y costumbres a los que nunca habíamos pensado tener que recurrir.

Por todo ello, en un primer momento creímos que la Convocatoria no sería bien recibida, pero conscientes de que todos tendríamos que quedarnos en casa, aislarnos y realizar actividades que no comprometieran la salud, nos dimos cuenta que ése era un buen momento para lanzar la convocatoria, ya que las circunstancias harían que algunos, o muchos escritores, tuvieran tiempo suficiente para sacar del cajón la libreta de apuntes y pulir algunos textos, o rescatar esos archivos con ideas inconclusas que se quedaron en el interior de alguna carpeta, en el disco duro de la computadora, porque si bien vimos reducida la libertad de salir de casa, no fue así con la capacidad para crear y expresar. Lo cual confirma Roberto Omar Román, participante

del Premio, en el siguiente testimonio: “La pandemia como tal, en realidad no me sensibiliza literariamente ni suscita ninguna influencia ponderable en mi psique. Lo que sí puedo decir es que, derivado del obligado encierro, he tenido ocasión de escribir cuentos nuevos y mejorar algunas versiones de los que ya tenía escritos, leer a autores nuevos y releer a mis cuentistas favoritos. Por otra parte, la reflexión del actuar de la gente ante una crisis global como ésta me persuade a valorar el ocio creativo y refinar mis hábitos de escritura. El mundo no volverá a ser el mismo después de esta pandemia si es que hay un después. Ese mismo sentido de transformación debe operar en las artes en general. La literatura, considero, también será susceptible a esta, llamémosla así, metamorfosis.”

Acertamos al lanzar la convocatoria para el Premio Ariadna de Cuento 2020. Recibimos más participaciones que en los años anteriores y, cabe decir, también de mejor calidad.

Muchos de los escritores jóvenes que se inscribieron al Premio en sus emisiones 2018 y 2019 volvieron a hacerlo, lo cual es un aliciente, ya que recibimos grandes sorpresas. Hemos comprobado que quienes han sido perseverantes en su participación, no sólo han visto publicados sus textos, sino que éstos han elevado la calidad literaria. Esto nos satisface enormemente porque ése es uno de los objetivos primordiales de Editorial Ariadna: motivar el desarrollo de los escritores mexicanos, sobre todo de los más jóvenes, a favor del buen crecimiento de la literatura nacional.

La ganadora del Premio Ariadna de Cuento 2020 es Rosa María Fajardo González, escritora que participó en las dos emisiones anteriores. Un triunfo obtenido con buen pulso y perseverancia. Compartimos aquí su testimonio:

“Es la tercera vez consecutiva que participo en el Premio Ariadna. Fui finalista en el 2018 y Mención Honorífica en el 2019, por lo que estuve al pendiente de la convocatoria 2020 para me-

terme de nuevo a la prueba. Felizmente resulté ganadora. ¡La tercera es la vencida!

”Participar por tercera vez en los Premios Ariadna es algo que yo me debía y saldé la cuenta. En mi caso, a pesar de que ya tenía bastante experiencia como escritora y publicaciones en México y Europa, nunca había querido participar en ningún concurso literario; hasta que me decidí en la edición 2018. No es que no me atreviera, simplemente no lo había pensado ni necesitado, pero al ver la convocatoria de Editorial Ariadna sentí que había llegado mi momento. La decisión de participar este año 2020 fue siempre más fácil, aunque como en las anteriores ocasiones lo mantuve en secreto. Ya antes las experiencias habían sido muy gratificantes al resultar primero finalista y luego Mención Honorífica, en el 2018 y 2019, respectivamente. Así que me sentí motivada y quise participar otra vez para darle una oportunidad a otro cuento. Y ahora que en el 2020 me galardonaron como ganadora me embarga la felicidad y me siento honrada ya que el valor de mi obra fue reconocido.”

Nos da mucho gusto felicitar a Rosa María en este mismo libro, en el que podrán leer el cuento con el que ganó: “El hilo”, un texto que se desenreda con naturalidad de un ovillo muy bien estructurado. La autora nos va contando la historia —una serie de anécdotas etéreas, nacidas entre lo “onírico y el realismo mágico”—, de Manuel, un doctor en Lenguas Clásicas que de la misma manera que vio llegar e instalarse a la mujer de su vida, la ve desvanecerse de una manera muy, pero muy peculiar. “El hilo” es un cuento fantástico que fluye con frescura, de principio a fin, casi sin gravedad:

“Un mediodía la encontré sentada en medio del patio, en posición de loto, y un vendaval elevándole el vestido azul de florecitas que le regalé. ¡Estaba levitando! Su mirada, cristalizada, se hizo polvo al cruzarse con la mía y un piélagos de lágrimas la-

mió sus ruborizadas arenas. La cargué y la llevé a la recámara, la metí en el lecho y la cobijé. Al cerrar los ojos dijo: ‘¡Siento que me voy a romper!’ Velé su sueño una semana. Peinaba su cabello por las mañanas y le contaba un relato de pájaros cada anoche- cer: aves kamikaze, temerarias y suicidas; buscando recuperar su equilibrio roto por el hombre.”

Después de conocer “El hilo”, a los lectores de este libro, *Premio Ariadna de Cuento 2020*, les será más fácil transitar por las páginas hacia cualquier territorio sin importar qué tan alejado de la realidad o qué tan a flor de piel de ésta pueda hallarse.

Por ejemplo, podrán adentrarse en el cuaderno abierto de “La señora Geplette”, cuento que obtuvo la Primera Mención Honorífica. El autor es Felipe de Jesús Santa Rita Nava, quien nos ha dado una grata sorpresa. Él es abogado de profesión. Escribe sólo en sus ratos libres y es autodidacta. No obstante, se inició en el oficio de escritor desde que cursaba la secundaria. No acostumbra participar en Premios Literarios y no tiene considerado dedicarse en tiempos próximos sólo a la escritura. Para él participar en el Premio Ariadna de Cuento 2020 “fue una decisión fácil porque el texto ya estaba escrito desde hace un año aproximadamente. Para seleccionar el texto atendí a la extensión. No quise enviar un cuento muy breve y, desde luego, uno con mayor extensión habría sido descalificado. Siempre que tenga tiempo, procuraré continuar escribiendo.”

La señora Geplette, protagonista del cuento de Felipe Santa Rita, es una mujer de la tercera edad que, no obstante las limitaciones de salud y de movilidad, adopta el hábito de recordar y escribir sus sueños en un cuaderno, pero no sólo los sueños del día a día sino también los que recuerda nítidamente desde la infancia, porque así pretende mantener la salud mental y tener bien clasificados tanto las vivencias oníricas como los sucesos que en realidad experimentó a lo largo de su vida.

Con un estilo fluido, creando un ambiente misterioso — gracias al modo en que ahí corre el tiempo— con descripciones certeras y sugerentes, el autor hace un retrato de esta señora de 85 años, que al escribir y repasar sus experiencias oníricas adquiere un nuevo impulso de vida, que la convierte en una niña que se entretiene, como si de juguetes se tratara, con las imágenes de sus sueños.

De este texto, Primera Mención Honorífica del Premio Ariadna 2020, Felipe de Jesús nos dice en entrevista: “ ‘**La señora Geplette**’ comenzó siendo otro cuento, otra historia, pero un día decidí darle un cambio y salió este cuento. Lo leo y me doy cuenta que hay cosas que no estaban planeadas. Salió de un tirón, de un solo golpe. Dije: ‘esto cambia para convertirse en esto, ya no hay vuelta de hoja’. Los sueños me llaman mucho la atención; están guardados en el subconsciente como reminiscencias de ideas, de deseos, de frustraciones, están ahí, son de nuestra propiedad y a veces afloran.

”El personaje comenzó siendo un hombre, terminó siendo una mujer, y el apartado de recopilación de sueños, se me ocurrió, simplemente surgió de pronto, no me lo sugirieron ni fue por inspiración —que en mi concepción no existe—, fue un hallazgo. Pensé: ‘qué bien recordar lo que uno sueña, pero qué mejor recordar todos los sueños desde la infancia; sería una experiencia maravillosa porque habrían cosas ahí que no reconoceríamos; habría de todo, pesadillas, sueños buenos, incluso los sueños sobre hechos que van a ocurrir, premoniciones, que a veces están ahí; no puedo explicar con certeza el que alguien sueñe lo que va a ocurrir y ocurra como si pudiera ver el futuro. No puedo explicarlo, me faltan elementos, mientras tanto lo expreso de esta manera, escribiendo cuentos.”

La Segunda Mención Honorífica la recibió Israel Martínez Ramos, escritor nacido en Veracruz. Israel ya había parti-

cipado en los Premios Ariadna anteriores. En 2019 fue finalista tanto en cuento como en poesía. Nos da mucho gusto, que, al igual que otros autores, la escritura de Israel haya evolucionado y que vaya tomando un estilo muy personal. Su cuento “**La nauyaca**” refleja mucho del entorno en donde nació, en donde aún vive en la actualidad: “Este año 2020, decidí escribir sobre personas, costumbres, animales y plantas del lugar donde crecí; un pueblecito indígena de Veracruz llamado La Sabana Caramé.”

Desde el título, el cuento de Israel nos transporta a la zona rural, donde los habitantes se enfrentan a las bondades de la Naturaleza, pero también a los peligros inherentes para el ser humano. Además de nauyacac, ahí abundan “el coralillo, la xúchitl, la sorda, la mano de metate”, se anda entre “samanes, macayas y nacaxtles”; “pasto, verdolagas y dormilonas” y entre el perfume de la “albahaca y el sauco”. Son vivencias sensoriales las que se tienen al leer este cuento. Aunado a ello, Israel ha impregnado sus letras con el suspenso y el miedo, emociones que crean un tenso hilo conductor que al final incrementa su volumen, dejando la advertencia de que la trágica historia que se cuenta se repite ahí de manera cíclica, porque los riesgos abundan y se multiplican en cualquier rincón, sobre la inocua apariencia de la hierba, de la lluvia, en la insignificancia del polvo, incluso del aire, hábitat de alevosos mosquitos.

Sobre su cuento, el autor nos dice: “‘**La nauyaca**’ está inspirado en eventos reales cercanos a mí y a partir de un conjunto de relatos y elementos propios de las zonas rurales de Playa Vicente, Veracruz. Al escribir quise exponer la fortaleza de los indígenas y de las personas de comunidades marginadas, así como su determinación para actuar en los momentos más críticos. Siento un profundo respeto por sus conocimientos del entorno natural, por sus costumbres y modo de vida.

”Una tarde, la noticia corrió por el pequeño pueblo donde vivía. Una vecina acababa de dar a luz y lamentablemente su

bebé murió ese mismo día, sin que se pudiera esclarecer el motivo exacto. Uno de los comentarios acerca de esa tragedia me quedó grabado en la mente como una cicatriz. ‘¡Pobrecita, debe de estar muy triste, porque es el primero que se le muere!’ De alguna manera se había normalizado la idea de que cada madre perdería a un hijo pequeño a lo largo de su vida. La señora que había hecho ese comentario con un tono de lo más natural me miró y dijo: ‘Yo ya he perdido tres’, y continuó: ‘Cuando se me murió el primero me quería morir también. Mi esposo se lo llevó bien grave en la mañana. Ya era tarde y no regresaba. ¡Esa noche cayó un aguacerón!’”.

Roberto Omar Román, con el cuento “**Humo amarillo**” ha recibido la Tercera Mención Honorífica. Roberto es un escritor con experiencia, tiene en su haber varias publicaciones y reconocimientos. Su escritura tiene el pulso y el sello preciso de la buena factura; es notorio de inmediato cuando un autor ha trabajado y pulido sus letras. Quienes vivimos inmersos en la literatura podemos detectar esa tesitura. Es un autor que ha perdido “la ingenuidad”, como decía un consagrado profesor de la Facultad de Filosofía y Letras en la UNAM cuando alguno de sus alumnos del taller literario había adquirido las herramientas suficientes para corregir sus textos, con lo que quería decir que le habían crecido los colmillos o que había adquirido la mayoría de edad.

Roberto Omar Román nos dice en su testimonio: “Afortunadamente he tenido ocasión de participar y obtener primeros lugares en algunos certámenes nacionales y extranjeros y, asimismo, algunos cuentos míos aparecen en antologías impresas y virtuales. Uno como escritor siempre busca trasponer fronteras y llegar a diversas geografías y lenguas incluso. Hay en cada creador de arte un afán de universalidad, de ser más, y más visto, leído, escuchado y conocido por muchos más.”

“**Humo amarillo**”, como los demás cuentos mencionados en esta “Presentación”, es también una grata sorpresa. Un texto imaginativo y fantástico. Describe una situación apocalíptica. Es la época o el día en que el Sol está por dejar de ser lo que es y se comporta de un modo que a nadie favorece.

“Los hombres se levantaron, perezosos como espigas de trigo mojado. Dando tumbos comenzaron a escarbar. Los más cansados, hincados y rezando. A gritos denotaban su presencia para no golpearse entre ellos.

”Varios hombres permanecieron sentados, murmurantes y esquivos. Uno de ellos, súbitamente se puso en pie y arengó, vehemente, segmentos de *El Génesis* y *El Apocalipsis*. Después, con la mirada fascinada, febril, etérea, prendió una rama seca que en poco se hizo tea y la empuñó en alto. Logró convencer a doce de aventar sus palas y tomar rumbo contrario al que llevaban. Buscarían su propio sol.”

La actitud positiva de Omar respecto a la participación en Premios y Concursos es digna de mencionarse aquí, ya que —creo— todos o muchos de quienes se dedican a escribir suelen tener por momentos ciertas dudas en cuanto a la validez y el sentido de ingresar a ellos:

“Tuve que decidir entre una veintena o más de posibles cuentos para elegir el que envié a este concurso. A veces es algo tan trivial y a la vez tan complejo como decidir si para una cita amorosa te viene mejor un suéter a rayas o un saco *sport* a rombos. La emoción de participar en un concurso literario es una experiencia amorosa, inefable, de verdadera veneración y fe. En cada cuento en concurso me juego algo más que un premio: me juego mi valía de narrador, no importa si gano o no, pero nunca pierdo.”

Editorial Ariadna da las gracias a los escritores y a las escritoras que participaron en el Premio Ariadna de Cuento 2020, no sólo a quien obtuvo el Primer Lugar y a quienes consiguieron

las Menciones Honoríficas, también a los incluidos en las versiones impresa y digital así como a quienes en esta emisión 2020 no fueron publicados, ya que todos hicieron posible que el concurso llegara a buen término. En el próximo Premio Ariadna de Cuento 2021 habrá de nuevo oportunidades para todos los escritores que deseen seguir participando, por supuesto con inscripción gratuita.

*Cada premio es un reto, un logro, la satisfacción de traer luz impresa
a escritores que se atreven a participar.*

Escribimos para seguir vivos, publicamos para alcanzar la inmortalidad.

CATALINA MIRANDA
Directora de Editorial Ariadna
Enero de 2021

Si deseas ver todos los testimonios, perfiles y
fotografías de los participantes, entra en:

www.EditorialAriadna.com
www.editorialariadna.com/premio-ariadna-de-cuento-2020

GANADORA

ROSA MARÍA FAJARDO GONZÁLEZ

Nació en la Ciudad de México y vivió en Italia más de quince años. Estudió Ciencias de la Comunicación en la FCPyS de la UNAM, con equivalencia de grado por l'Università degli Studi di Trieste, Máster en Escritura Creativa en l'Università degli Studi Suor Orsola Benincasa de Nápoles y Maestría en Literatura y Creación Literaria en la Casa Lamm de CDMX. Fue reportera en el periódico *unomásuno* y correctora de estilo del suplemento *Sábado*, docente en la UNAM y el Tecnológico de Monterrey. En Italia se desempeñó como diseñadora de cursos de capacitación empresarial, traductora, intérprete y profesora de español. Coautora de la revista *I seminatori di storie* y los libros de cuento *Anchora spero di meglio* e *Impaziente attesa*, publicados con el grupo literario *Trattolibero*. Una conversación con Huberto Batis fue incluida en la edición corregida y aumentada de *Estética de lo obsceno*. Ha colaborado en medios mexicanos como *sábado* y la revista *Generación*, y en Italia en la revista literaria *Linfere* y el suplemento *INK* del periódico universitario *Inchiostro*. Actualmente escribe para *Newsweek en Español Guanajuato* y la *Revista México Social*. Finalista del Premio Ariadna de Cuento 2018 y 2019 (con mención honorífica en esta última edición).

EL HILO

A mi regreso de Montalcino, donde trabajo varios meses al año como experta enóloga en el Castello Buonconsiglio — propiedad de la familia Rossi da Piantravigna—, supervisando y dirigiendo la producción y elaboración de su Brunello; entre toda la correspondencia acumulada en mi departamento en México, encontré este inquietante recado de Manuel en una hoja de libreta Moleskine: “¡¿Cómo no me di cuenta, si ya le asomaban las alas?! Ven a verme, ¡te lo suplico! Debo contarte de ella para saber que existió. P.D. No toques, te dejo la llave en el lugar secreto. Por favor, tráeme unas botellas de tu reserva de Brunello di Montalcino”. Tratándose del abstemio, preciso y riguroso doctor en Letras Clásicas, ese no podía ser un mensaje sin sentido. Manu es mi vecino y mejor amigo desde la infancia, lo conozco más allá de su hermetismo y obsesión por decir siempre la verdad; a cualquier precio, pésele a quien le pese y aceptando las consecuencias. Sabía que, más que una nota, ¡era un SOS! Y, sin más, catapultada de la Toscana a la Colonia Roma (al menos — gracias al nombre— en algo de las dos tierras estaba siempre: en Italia cuando volvía a mi país y lo mismo de México me llevaba cuando partía), apenas dejé las maletas fui a su encuentro.

Abrí el portón directo con su llave, como me indicó; la noche había caído. La casa estaba con las luces apagadas, en abrumador silencio; el jardín seco y las plantas del corredor marchi-

tas. El crujir de las hojas al pisar me provocó escalofrío, titubeé en la penumbra; sólo el maullido de Mina, su gatita persa, que salió a mi encuentro, me alentó a seguir. Abrí la contrapuerta, encendí la luz del recibidor, y al antes sobrio, pulcro y sano Manuel Cienfuegos lo encontré ebrio, entre densos humos indefinidos, desaliñado y con la barba crecida; caminando descalzo y desorientado. Apenas me vio; sin que yo pudiera decir nada, alzando un puño bien cerrado, como escondiendo algo, aclaró en su defensa:

—Sí, estoy borracho; pero no loco, ¡yo sé que existió! Me he terminado el vino de México. ¡Dame, dámelas ya; las botellas! —pidió tembloroso y con ansia el Brunello que llevé.

—¡No he venido a regañarte, sino a saber de qué se trata! Aquí estoy, ten las botellas; puedes contarme —respondí para tranquilizarlo.

—¡Vo-la-ba! —dijo silabeando y alargando el sonido de las letras.

—¿Quién? —interrogué.

—Ella... ¡La que vuela! —contestó tajante.

—¿Quién es “ella”? —demandé con énfasis.

—¡Los ojos le cambiaban de color!, como los lagos del volcán Kelimutu —exclamó extasiado.

—¿Cómo se llama? —insistí curiosa.

—¡Te digo que volaba! —gritó alterado, como si ya me hubiera contestado y yo no entendiera.

—Pregunté: ¿cómo se llama? —enfaticé sin perder la calma.

Fue cuento de nunca acabar. Manuel evadía la respuesta, disparando a quemarropa lo primero que se le venía a la mente cada que preguntaba su nombre. Desistí y pedí que me explicara lo sucedido. Usando palabras remotas, que casi sonaban a un idioma incomprensible, con coherencia y sin lógica, al derecho y al revés, en pasado y en presente; pero sin futuro para compartir,

él, recostado en el sillón, con la botella en una mano y el otro puño siempre cerrado, tejió y destejió así su historia, con toques de literato. Narró deambulando en los pasadizos donde lo onírico se encuentra con el realismo mágico:

“Remontar el vuelo submarino siempre fue natural entre nosotros; éramos argonautas. Nuestra alcoba era el mar; sumergía nuestra débil carne en la diáfana espuma de las sábanas. Poseidón, enardecido, desataba tempestades ante tal lujuria. Ella era mi playa y yo su ola. Sólo el ancla de mi pasión la retenía en el mundo, al ras del suelo, bajo las nubes; a mi lado. Una tarde de verano suspiró mirando un petirrojo e, inexplicablemente, ¡casi sale volando por la ventanilla del auto! Desde entonces decidimos atarnos juntos de las muñecas con hilo de barrilete.

En la calle cuidaba con esmero nuestro hilo, más que un niño del de su globo recién comprado en el parque; porque, a cada estornudo, hipo, tos o suspiro, ¡se elevaba! Parecía como si sus pasos repelieran la tierra firme. Ahora sé que el paraíso la expulsó, consagrándome su delicada levedad; pero no pensé que me la arrebatara tan pronto. Quizá el tiempo se le agotó, o su espíritu era demasiado volátil e inasible para la densidad de este plano y mi incontrolable voracidad. En la cama, solo; con el consuelo de mis desamparadas manos, ¡el martirio se transforma en éxtasis de santa Teresa! En mi diario onanismo, cuando ese travieso ángel del deseo sonrío y me penetra con su flecha, ¡padezco el dulce tormento de san Sebastián! Extraño su inefable perfume emanado durante el sexo”.

Manuel hizo una pausa y se adormeció. Yo, que no había osado interrumpir el rebuscado monólogo, le apreté ligeramente el brazo para espantarle el sueño. Prosiguió:

“La tarde de lluvia que la encontré, supe que hice bien en no ceder al látigo de la soledad, evadir miradas, eludir al amor y adormecer el deseo; ¡la esperaba! Estaba sentada en una banca

del camellón de Álvaro Obregón y, al verme a punto de cruzar la avenida, corrió hacia a mí y simplemente dijo: ‘Voy contigo. ¡Necesito atravesar al otro lado!’ Me dirigía a la Librería Pegaso; quería un café y revisar algunos libros. Tener que incluirla en mis planes no me incomodó y, así, durante horas me habló de su amor por los pájaros y su vida a la deriva. Al avisarnos que la librería estaba por cerrar, le propuse ir a mi casa. No pensé en ir más allá de otro café —tú sabes que yo no bebía— y plática infructuosa. Pero la noche, en un acto de gentileza o compasión, poco a poco le fue robando minutos a la luz, dilatando nuestro espacio. Dos meses después, seguíamos conversando, pero en el día; la oscuridad, piadosa, reservaba su tiempo a nuestros anhelantes cuerpos y, enredados en el luminoso oleaje de nuestro mar, despertábamos con rastros de épicas batallas navales”.

Cerró los ojos y se quedó en silencio segundos que para mí fueron eternos. Esta vez lo sacudí con fuerza. Respiró hondo y siguió con su desordenado relato:

“Nunca le pregunté de su vida anterior; entre todo lo que pudo haber sido o fue, decidió quedarse a mi lado, y para mí era suficiente. Aunque nuestros intereses divergían, siempre encontramos el conductor para abastecer de energía nuestra *infatuazione*, ¡para decírtelo a la italiana! —gesticuló, haciendo un sonsonete—. Ella no abordaba temas de filosofía, prefería vivir; no manejaba profundas teorías, llevaba a la práctica sus emociones; no era muy analítica, pero tenía la capacidad de sorprenderse; no intentaba desentrañar el alma humana, sabía amar. Le gustaban los días soleados; se divertía encontrando formas en las nubes, y en su rostro se asomaba la nostalgia.

Mi mujer, como empecé a llamarla, concebía el sueño abrazada a mí y despertaba con la larga cabellera arrastrando en la duela. Tomaba un baño con agua tibia al alba y desenredaba su negro pelo crespo con los dedos; suficiente para darle orden

perfecto. Usaba vestidos de vuelo, ajustados al talle con cintas. Adoraba andar descalza por la casa y ver las deformaciones de su sombra al caer la tarde. Su buen juicio determinaba el momento preciso; su olfato era casi animal, su tacto era infalible y su boca de promesa derramaba agua fresca en estiaje. En las horas de arduo trabajo me donaba su ausencia en dosis exacta. Venía cuando la necesitaba y desaparecía si mi soledad bastaba para acompañarme.

Un mediodía la encontré sentada en medio del patio, en posición de loto, y un vendaval elevándole el vestido azul de florecitas que le regalé. ¡Estaba levitando! Su mirada, cristalizada, se hizo polvo al cruzarse con la mía y un piélago de lágrimas lamó sus ruborizadas arenas. La cargué y la llevé a la recámara, la metí en el lecho y la cobijé. Al cerrar los ojos dijo: ‘¡Siento que me voy a romper!’ Velé su sueño una semana. Peinaba su cabello por las mañanas y le contaba un relato de pájaros cada anochecer: aves kamikaze, temerarias y suicidas; buscando recuperar su equilibrio roto por el hombre.

No retornó completa de la oscuridad, empecé a perder su esencia en pequeñas medidas; como si ella fuera el precioso líquido de un gotero. Hasta ese quince de agosto —una semana después de haber abandonado su letargo— que, en plena Calzada de los Misterios, su ausencia se desbordó e, incontenible, continúa escurriendo por la coladera de la noche... Estábamos paseando, atados con nuestro hilo, cuando una feria ambulante llamó su atención. Sin dudarle, me condujo hasta el tiro al blanco. Zafé el nudo de su muñeca para darle libertad de disparar el rifle. Vimos, uno a uno, caer yertos a todos los patos con el corazón de plomo certeramente perforado. Pidió otra ronda; mientras, yo fui a comprar dos paletas de hielo: una de limón para mí y otra de piña, ¡para mi hermosa niña!

¡En ese momento se soltó una ventisca y sus pies se despegaron del suelo! El señor del puesto le entregaba como premio una golondrina de peluche. Arrojé las paletas y corrí con todas mis fuerzas; sentí los músculos desprenderse de los huesos. Un remolino de gente me atrapó y me abrí paso a empujones. Nadie parecía notar lo que pasaba. Salté lo más alto que pude y la sensación fue terrible; el impulso desenhebró la madeja de mis intestinos, poniéndolos en línea recta hasta la tráquea. Y sólo alcancé a rozar las suelas de sus zapatos rojos de grueso tacón. Con los brazos extendidos hacia el cielo, en franca amenaza de lluvia, ¡me desgarré la garganta gritando su nombre!”.

Al oírlo decir “su nombre”, vi la oportunidad y con vehemencia exhorté:

—¡Su nombre! ¿Cuál es su nombre?

Pero él, armado con su revólver de palabras, disparó la última ráfaga calibre 45:

“Sonrió, seductora. Dejó caer la golondrina, que se estrelló en mi rostro; la sujeté de las alas, ¡como si quisiera desprender las de ella y llevarla a pique! Impávido, la vi desaparecer en punto de fuga... Mi perspectiva se perdió en el abismo entre sus bienaventuradas piernas; ¡mi jardín de las delicias perdido! Fin”.

—¿Fin? —cuestioné desconcertada y casi molesta—. ¡No! ¿Y qué pasó entonces? —protesté.

—Nada —respondió él, indiferente y lejano—. Desde entonces no pasa nada. Y desde entonces no sé de mí. Ahora tengo mucho sueño, y quiero más vino.

Apenas concluyó esta frase y se deslizó en el sillón, haciéndose bolita. Quedé sorprendida, escéptica y conmovida con su relato rompecabezas. Lo cubrí y velé yo ahora su sueño. La gata, que había permanecido oculta, salió de su escondite y me acompañó. Recorrí la casa buscando indicios de esa mujer: “de la que

vuela”. Nada. Ni sus vestidos, ni un tenue olor, ni uno de sus largos cabellos. Tampoco encontré ese peluche.

Manuel dormía ya profundamente. Le abrí cauta la mano y vi lo que ocultaba. Además de dos palitos de paleta, furiosamente mordidos y astillados, vi ¡el hilo! *Per Bacco!* ¡Existía! Lo conservaba como reliquia. Sangraba, herido por las esquirlas. Parecía un estigma. Con el asombro de Santo Tomás me acerqué a su oído y estremecida imploré:

—¡Al menos dime cómo se llama!

Sin abrir los ojos y cerrando celosamente el puño, en voz baja, despacio; como una confesión, al fin me reveló:

—Benedicida era su nombre y fue mi maldición...

PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA

FELIPE DE JESÚS SANTA RITA NAVA

Nació en la Ciudad de México en 1980. Es abogado, sin formación literaria. Ha publicado los cuentos “Magallón y aquel objeto” (2016), “Eón” (2016) y “Era este un hombre” (2020). Actualmente no tiene autores favoritos, antes sí. Lee lo que le cae en las manos y escribe a veces, cuando tiene tiempo.

LA SEÑORA GELETTE

El reloj de pared contabilizaba tres horas con cincuenta y ocho minutos por día —y día por día, un poco menos— de modo que la señora Gelette habría vivido a perpetuidad, sentada en el reclinable, sin prestar atención al visitador de seguros, un joven magro e hipocondríaco de apenas veinticuatro años que cuando cambiaba de página al expediente, dirigía una mirada interrogante a la anciana. Minutos antes, la señora le había ofrecido una taza de café que él rechazó murmurando números sobre el daño que produce en la salud. Ella no lo escuchó, le puso una taza humeante sobre la mesa y lo dejó trabajar. Poco después, el visitador se acercó al reclinable para decirle que todo estaba en orden. La señora Gelette, sin embargo, permanecía abstraída mirando una abeja que volaba sin rumbo, aturdida. Sólo requiero que firme en el formulario aquí —dijo el visitador, señalando en el papel—, aquí también y aquí su nombre, acá su fecha de nacimiento, acá la de hoy y aquí vamos a imprimir su huella digital. La señora Gelette buscó un bolígrafo en la arquimesa a su izquierda, donde también estaba abierto de par en par, el cuadernillo en el que había transcrito sus sueños con la caligrafía rectilínea, cuadrangular y equidistante propiedad de los escribanos. Ante la curiosidad del joven, ella le explica que lo escrito ahí son sueños, que muy chica se le hizo costumbre transcribirlos y que de mayor recordó varios más; y piensa en eso mientras firma el

formulario y piensa también, en silencio, que sin esas transcripciones habría enloquecido porque, ¿cómo habría comprendido el flujo creciente de recuerdos que comenzó a aparecer en su mente, una mañana después de cumplir ochenta y cinco años?, ¿cómo habría entendido que eran los sueños de toda su vida, que no eran recuerdos de hechos reales?

El primer sueño que recordó fue una pesadilla. No una corriente, sino una pesadilla recurrente de la infancia en la que un olmo respiraba, sí, ese mismo frondoso árbol que desde el reclinable observaba todos los días. La respiración honda y densa del olmo ritmaba con el crujir de la corteza en cada inhalación y exhalación, y la mera percepción del acto, su concepción como un vegetal del reino animal, suscitaba terror en la niña Geplette. Ese primer recuerdo, de hecho, estuvo precedido por una noche de incertidumbre. Hacía años que tenía prescritos tres medicamentos y desde entonces, siguió con puntualidad las indicaciones del médico: dejar de tomar, aunque fuese uno, podría producirle otro problema cardíaco; tomarlos en exceso, aunque fuera uno, podría inducirle un coma. Pero ocurrió que el cajón de pastillas estaba revuelto, y tampoco consideró sumarlas, pues hacía mucho que no llevaba las cuentas del tiempo. Su primer pensamiento fue que las había ingerido, pero esa idea se desvaneció con el silbido de la tetera, porque acostumbraba un trago tibio de té por cada medicamento y aún no lo había preparado. Meditó en su circunstancia hasta entrada la noche. Sopesó que no podría resistir otro infarto y que, por otro lado —lo había leído en algún periódico o en una revista amarilla— era posible despertar de un coma. Y si no lo hiciera, concluyó, nada sentiría.

La mañana siguiente despertó con un sabor adusto, con una sed rasposa y con la pesantez de costumbre. Sentada en la cama, frotándose las rodillas, fijó su atención en cada parte de su cuerpo tratando de percibir algún cambio. Ninguno.

Amanecía. Comió un plato grande de avena hervida y, somnolienta, bebió café en el reclinable, una cucharada más fuerte de lo habitual. Entonces, de soslayo, miró el olmo, y la impronta de esa mirada oblicua la dejó sin aliento, con el recuerdo despierto del terror olvidado, del terror recurrente de la infancia. Sobresaltada vació la taza de café en la tarja. Pero la pesadilla, cuadro a cuadro, estaba ya apegotada en su mente, materializada de súbito, como los objetos extraviados que reaparecen con un aspecto cínico. Y entre más la pensaba, más nítidos se le mostraban sus detalles: ese crujido de la corteza, aquel calosfrío ante un organismo que percibía todo poderoso, el sudor en las manos, la imposibilidad de gritar. Después de un acceso de tos y un mareo, se repuso, y recordó otro sueño, un sueño fragmentario y luminoso en el que sintió el tacto sutil de su madre, contempló el rostro exacto de su padre y se bañó de sol sobre un pastizal dorado de otoño.

Los siguientes seis meses, la señora Geplette fue identificando uno tras otro los sueños transcritos en el cuadernillo, aunque ni en los años ulteriores logró domesticar sus fechas o concluir un catálogo onírico que la satisficiera. La última clasificación la concluyó el invierno severo que le hizo advertir la nueva fragilidad de su organismo, el invierno en que comenzó a tomar los baños nocturnos. Al primer conjunto lo denominó *sueños de los sentidos*, experiencias a veces sin tiempo ni ritmo, a veces ausentes de espacio, a veces ambas; eran sueños de luz u oscuridad absolutas, de vacuidad o totalidad, a veces ambas; sueños acuosos, cálidos, de colores con sabor, de tactos con color. Los *sueños orbiculares infinitos*, el segundo grupo, eran tañidos inconsistentes de su memoria cuyo desenlace, si es que ocurrió, jamás pudo recordar. Como el sueño del monolito cilíndrico amarfilado que ocultaba la luna tras él y que así lo rodeara, en cualquier sentido a cualquier velocidad, sólo lograba distinguir una este-

la de polvo grisáceo —semejante a la cola de un cometa— pero nunca al astro. Al tercer orden de sueños los llamó *sueños orbitales perfectos*, porque a pesar de su naturaleza recurrente, de su índole perpetua, de su esencia infinita, estos sueños habían encontrado una salida, un armisticio con la realidad. En un último grupo sin nombre archivó el resto de los sueños. Ahí puso a los *fragmentarios*, imágenes efímeras de seres o lugares, instantáneas resplandecientes del mundo, como la del gato gris de la calle que sólo ella podía tocar, o la de su rostro de la infancia reflejado en un espejo, o la de las manos de la enfermera que la sostuvo cuando murió el hombre al que amó, o la del teléfono público en el que recibía las llamadas de su único hermano de sangre. También guardó ahí a los *vacíos*, sueños que no le suscitaban ningún recuerdo adyacente y que procuraba no confundir con los *ajenos*, esos en los que comprobaba que no era ella quien soñaba y que, a su vez, tenía cuidado de diferenciar bien de los *futuros*, episodios que se presentaban en la realidad después de haberlos recordado, como un rayo con determinada fisonomía de relámpago y trueno, o una abeja volando sin rumbo, u otro diente que se le despedazaba con la comida.

No obstante, por algunos días al mes, la señora Geplette despertaba en blanco y vigorosa, sin recuerdos nuevos y el cabello más largo. Eran días que dedicaba a leer los sueños transcritos y a recordar los detalles de la realidad que, a causa de estos, recreían en su mente. Desde el primer recuerdo, la señora Geplette permaneció en una recapitulación perenne de sus sueños incluso durante las actividades consuetudinarias, las que llegó a abreviar de tal manera que le fuese innecesario ausentarse de su casa. Pronto, apenas tuvo contacto con los mandaderos, muchachos a quienes entregaba un papel en el que registraba todo cuanto necesitaba y que le suministraban con diligencia por su edad. De esta manera, aunque el reloj sólo pudiera marcar —a tropezones— tres horas con cincuenta y tantos minutos por día,

la señora Geplette completaba las mismas ocupaciones, a las mismas horas, día a día. Comía siete huevos de codorniz por la tarde y ya con energía, hacía limpieza hasta poco antes de que comenzaran a cantar las aves, tiempo del té con los medicamentos y de una golosina. Después preparaba el baño para la ducha, esa mañana de todas las noches que contrajo cuando comenzó a percibir en ella el humor agrio de los mohos. Más tarde y sin esfuerzo, dormía sin soñar. La mañana siguiente, mientras el café goteaba, desayunaba un plato de avena con arándanos, para después sentarse en el reclinable, donde permanecía recordando sus sueños, hasta la hora de comer.

En esos hábitos, el tiempo de la señora Geplette se retorció como la abeja se retuerce entre sus pies, en zumbidos concéntricos de sueños y aleteos de realidad. Una vez que hizo todas las firmas en el formulario, la señora Geplette escribió su nombre y su fecha de nacimiento, pero su mano se paralizó en la fecha del día. El visitador se la dice, jadeando un poco, y ella, zurda, escribe con letra el día, el mes, el año. Y conforme escribe el año palidece, y palidece también el visitador que permanece en silencio, inmóvil y sudoroso, mientras la señora Geplette hace cálculos mentales. Sí señora, le dice, he verificado sus documentos, todo está en regla. El silencio que sobrevino se mantuvo flotando en la habitación el tiempo suficiente para que el visitador, eligiera el pañuelo que entregaría a la señora Geplette tras imprimir su huella, las palabras precisas para decirle que la semana pasada, había alcanzado la edad de ciento veinte años, y la entonación adecuada, para que pareciese que su dejar de contar el tiempo, era un olvido sin importancia.

El visitador entinta el cojinete para interrumpir el estupor en que cayó la señora Geplette, le toma con delicadeza el pulgar y mojado de tinta lo presiona contra la hoja, al tiempo que le explica, con la garganta seca y resistiendo la urticaria que su pre-

sencia es rutinaria, que la compañía de seguros ordena al azar visitas de supervivencia y que el sobre de su pensión le seguirá llegando por correo postal, como de costumbre. *Visita de supervivencia*, permaneció mascullando la señora Geplette mientras frotaba su pulgar con el pañuelo, bastante después incluso de que el visitador se hubiese ido y con tal energía, que la tinta en el pañuelo comenzó a impregnarse de regreso en su dedo y en toda la mano.

Así la sorprendió la noche, con el viento frío entrando por la puerta que el visitador dejó de par en par tras su salida intempestiva y accidentada. Inmersa en el ímpetu ferroviario de un presente enérgico, rebosante de conjeturas victoriosas de vida y concepciones asperjadas de sueños, la señora Geplette se afanó apresurada en las labores de la rutina que había omitido: puso a hervir huevos de codorniz, ingirió —con un sólo trago de agua— su dosis diaria de medicamentos y limpió, concienzudamente, cada resquicio de la cocina en el que acostumbraba nacer el moho. *Visita de supervivencia*, pensaba mientras preparaba el té y experimentaba una sensación volátil de haber vivido tantos años, sin su consentimiento. La tetera silbó en ese momento y por la inercia acumulada en décadas de hábitos sirvió el té, y mientras lo dejó entibiar, permaneció abstraída repitiendo en su mente *ciento veinte ciento veinte*, como si ese estribillo le permitiera asimilar las propiedades o las magnitudes que el número ejercía sobre ella.

Cuando el té estuvo tibio la señora Geplette se halló agotada, respondiendo sólo a la mecánica de la costumbre, de manera que, como lo había hecho durante tantos años, ingirió —cada una con un trago tibio de té— las tres pastillas, y dado el cansancio atroz que la doblegaba, decidió sentarse en el reclinable y no tomar por esa noche el baño vespertino. Apenas descansó los ojos, se sintió engarzada en la gravitación del tiempo, frágil, menguante, aislada, solitaria como nunca; al tocarse el rostro,

percibió el perfume del visitador que se había impregnado en sus dedos, junto con la tinta del cojinete.

Desde ese momento, los recuerdos de la señora Geplette no volvieron a ser precisos y quizá, no volvieron a ser recuerdos. Alguna indeterminada mañana ulterior —del siguiente día o de años más tarde—, en un momento de lucidez intermitente, de esos que iban y venían con intensos dolores de cabeza, recordó que al oler el perfume del visitador, se supo un ser en el que se hallaban fundidos los reinos animal y vegetal, se supo libre de movimiento y de deseo, un ser cuyas necesidades básicas eran satisfechas directamente por sí misma, por la naturaleza. También recordó estar de pie, pero ya sin miedo, frente al olmo y luego un sueño pesado, un parpadeo gradualmente lento que la sumergía en lapsos de luz y oscuridad absolutas. Sin embargo, en ese momento de lucidez estaba transpuesto otro recuerdo, otro en el que al percibir el perfume del visitador, un insomnio infinito y lineal la había postrado en el reclinable, donde permanecía tratando de retomar el pensamiento interrumpido por el silbido de la tetera. Pero este recuerdo sólo era un fragmento entre muchos, porque para entonces, el instante de lucidez se hallaba completo de actos, de percepciones, de pensamientos, de sueños y de recuerdos que se iban sucediendo y después traslapando, superponiéndose como si su memoria sólo tuviese ya cabida para un único episodio apelmazado que iba engullendo al de atrás en pulsiones cada vez más breves, más vívidas e intensas.

Antes de que el visitador, con un portafolio en la mano derecha y un grueso expediente en la izquierda, llamara a la puerta y la abeja entrara con él, la señora Geplette escribía *orbicular perfecto*, bajo la distante fecha de un sueño infantil. En el sueño, estaba descrita una mujer de ojos curiosos y largos cabellos blancos, una anciana sin dientes que le sonreía y la contemplaba, a través de un espejo.

SEGUNDA MENCIÓN HONORÍFICA

ISRAEL MARTÍNEZ RAMOS

Vive en una comunidad rural de Veracruz donde gusta de escuchar historias antiguas en voz de los primeros pobladores. Le apasiona tomar fotografías de los paisajes naturales que conforman su región, así como promover el cuidado del medio ambiente y de la fauna silvestre a través de redes sociales. Le gusta escribir poesía, cuento y practicar pintura. Finalista del concurso de Cuento Ariadna 2019. Finalista de concurso de relato corto Netanya 2019. Finalista digital del Premio Ariadna de Poesía 2019. Actualmente radica en Playa Vicente, Veracruz.

LA NAUYACA

El camión de pasajeros se detuvo. Esta vez sin la nube fiel que solía anunciar su llegada. Después de unos segundos se marchó sin levantar una sola partícula de polvo a causa de la llovizna previa. *Son como las siete*, pensó aquel campesino que cargaba entre sus brazos uno de los más grandes tesoros que a los hombres humildes se les permite tener. Miró al camión alejarse, ruidoso y dando tumbos entre baches encharcados, como un animal herido que usa sus últimas fuerzas en busca de refugio. No vio al burro por ningún lugar. *¿Se habrá ido? ¿Lo habré amarrado bien? ¿Lo habré amarrado tan siquiera? Ya veremos mañana.* Lo importante era llegar a casa antes del anoecer. Empezó el retorno por el camino pedregoso invadido de pasto, verdolagas y dormilonas. Sin embargo, la noche acompañada de grandes nubarrones negros, se presentó antes de lo planeado. La oscuridad se apoderó de los cerros, de los potreros y del monte. No del todo del arroyo que, con su gorgoteo revelaba su ubicación. Con cada relámpago, las palmeras de coyol aparecían como centinelas gigantes; resguardando con imponente la marcha del campesino y su misión de volver al jacal con su familia. Los coyotes aullaron con un lamento largo y doloroso. No aullaban a causa del hambre; el coyote es melancólico por naturaleza. Las lluvias llegaron antes de temporada, con ello el reverdecer de los pastizales y, en consecuencia, los conejos abundaban en las parcelas. *Sólo es uno,*

pensó. Un coyote solitario puede aullar como una jauría completa. Apretó el paso. Tal vez aún podía ganarle a la tormenta. La carga entre sus brazos se hacía cada vez más pesada. Levantó la ligera manta perfumada de albahaca y sauco del rostro del bebé. A falta de buena visión, tocó las mejillas suaves color canela. Confirmó que sus ojitos negros de pestañas interminables seguían cerrados. Le dio un beso en la frente. Volvió a cubrir el rostro angelical con la mayor delicadeza que sus manos toscas de machete, azadón y coa podían lograr. Varios puntos luminosos brotaron de los pastizales, de las ramas y de la corteza de los samanes antiguos que dominaban el paisaje. Eran cocuyos; los únicos insectos silenciosos que logran disminuir en los caminantes afligidos, los efectos de la soledad.

La lluvia no esperó. Se derramó por los campos con furia y violencia. Con truenos y relámpagos. El campesino arqueó el cuerpo hacia adelante para proteger a su pequeño de las inclemencias. Sus huaraches se pegaban en el lodo a cada paso. El viento mojado lo azotaba. No se detuvo. Esperar resultaba inútil. Las lluvias nocturnas se toman su tiempo y él lo sabía. Protegerse bajo un árbol frondoso era impensable en una tormenta como esa. Continuar era su mejor opción. Así siguió; subiendo y bajando cerros durante ocho kilómetros. Cuando llegó al cerro más alto, creyó que vería el resplandor de los fogones en su pequeño pueblo. Sólo confirmó que la oscuridad se prolongaría por más tiempo. Allí, el viento era fuerte y los truenos se oían tan cercanos que temió que un rayo cayese sobre su espalda. *Ahora todo es bajada*, pensó. La falda del cerro era una espesa muralla de samanes, macayas y nacaxtles. Al descender, el follaje casi impenetrable lo protegió en gran medida de los vientos y las aguas, más la oscuridad era absoluta. Debía reconocer el camino por el sonido de las piedras bajo la suela de sus huaraches, pero las hojas caídas evitaban ese sonido. Mucha gente contaba en el pueblo sobre

avistamientos de chaneques precisamente en esa zona de árboles viejos. Con seguridad que, a causa del espesor de la noche, él no vería nada. Temió tropezar con alguna rama seca o una roca. Y tuvo miedo de pisar alguna serpiente a su paso. Sin proponérselo, su mente hizo un listado de aquellas que podrían ser fatales. El coralillo, la xúchitl, la sorda, la mano de metate y claro, la nauyaca. En un momento trágico de su imaginación consideró que, de ser picado por alguna, no llegaría ni al arroyo. Un escalofrío filoso recorrió su espalda. Se sintió tan propenso, tan expuesto. Caminó lo más rápido que pudo. Casi corría entre ese festival de sombras e hilos de luces fugaces. Las ramas se sacudían en las alturas y rechinaban con dolor un idioma desconocido; él lo interpretó como amenazas. *Sólo debo llegar al arroyo*, se repetía en su mente y, para su sorpresa, encontró la orilla, mas no en el sitio donde la recordaba. El cauce del río se había desbordado, inundando con sus aguas turbias toda la zona baja. Apenas en la mañana logró pasar en burro sin ningún problema.

Se sentía tan fatigado. Un cansancio indescriptible que nacía desde sus huesos lo derribaba. Ni en los días más pesados de labrar la tierra, sembrar maíz o chile, cosechar los elotes o cargar los bultos de mazorcas se había sentido con tal agotamiento. Metió los pies con cautela en el agua revuelta. El pequeño arroyo que solía cruzar de cinco pasos ahora era una laguna de tamaño considerable. Su hijo ya estaba empapado, por más que deseó protegerlo. El infante de año y medio de edad, pegado a su pecho, empezaba a sentirse muy frío. *Ya vamos a llegar, mi prietito hermoso*, le susurró con ternura. Vino a su mente la frase coloquial que, ya sea dicha de aliento o como un regaño, se convirtió en el aforismo de su gente. *¡Un indio no se raja!* Y en nombre sea de Dios, se adentró a la laguna.

No debía dejar que la corriente lo arrastrara ni un centímetro. De otro modo, saldría quién sabe dónde y perdería el cami-

no. El miedo que supuestamente se apaciguaría al encontrar el arroyo sólo se intensificó. Era inevitable. Nuevamente pensó en aquello que podría hacerle daño mientras se sumergía más en el agua. Las culebras cazando ranas. Las arañas violinistas que seguro navegaban sobre trozos de corteza. Los lagartos en busca de presas. Y en el menor de los casos, las pepeguas que, al inundarse el hormiguero, forman balsas flotantes con sus propios cuerpos. Escuchó el cantar insolente y desesperado de la popoxcala. En cualquier otro día le hubiese divertido, sin duda. Pero en esa ocasión lo dedujo como un aviso de peligro y esto lo hizo dar pasos menos firmes. En el bosque a su espalda se oía a los tecolotes ulular con excesiva tranquilidad. Desde el amanecer los venía escuchando. El contraste del canto con todo lo ocurrido durante el día le resultó ofensivo, burlesco. Sintió algo retorcerse entre sus pies y pegó un salto. Su corazón casi reventó dentro de su pecho. *Es un jolote, o un xohuilin*, se dijo para tranquilizarse. Eran peces comunes en el arroyo, disfrutando la ampliación de su espacio. A cada paso el agua aumentaba de nivel. Tuvo que levantar a su pequeño con ambas manos al momento que llegó a su pecho. Después alcanzó su cuello. No quería meter a su hijo al agua, pero si sus pies dejaban de tocar fondo, debería nadar. Dio unos cuantos pasos de puntillas y levantó la cara para respirar. Sus manos seguían extendidas al cielo sosteniendo aquel trozo de su corazón. El terror de perderlo en la corriente se manifestó en sus nervios. No podía mantener esa posición. Ya se encontraba a la mitad de la laguna, según sus cálculos. La satisfacción que sintió cuando el agua empezó a descender por su cuerpo fue reconfortante. Volvió a colocar a su hijo entre sus brazos y en pocos segundos por fin salió del agua. Los ojos le ardían, en parte por las gotas de lluvia que entraban en ellos y otro poco, por las ganas de llorar que se andaba aguantando.

Los tres kilómetros restantes los recorrió con mucha más tranquilidad, pues como decían en su pueblo, uno se siente en casa desde que falta poco para llegar. Su corazón palpitó con fuerza. Se sentía a salvo de cualquier mal de la noche, pero la angustia de enfrentar a su esposa lo tenía al borde de la histeria. Pensó en su casita techada de palma con paredes de pencas de coyol. Pensó en las goteras y las rendijas. Pensó en las ratas que se metían a su casa a buscar maíz y en las víboras que las seguían. Tan sólo hace unas horas, por ahí de las diez y algo de la mañana, cuando chapeaba su tierra para sembrar, un grito urgente lo hizo anticipar las malas noticias. Era un muchachito del pueblo que venía en su búsqueda. Y por experiencia sabía que, sólo por urgencias se molesta al campesino en su labor. Cuando el joven le dijo que una nauyaca había picado a su hijo, el hombre soltó el machete y el gancho y corrió de vuelta al pueblo sin saber cómo cruzó las alambradas. Ya no pasó a su casa. El jovencito le dijo que su familia ya estaba con el curandero. Seguían ahí. El llanto de su esposa lo confirmó. Llegó sudando frío. Al bebé le habían hecho una pequeña incisión en la piernita para chuparle el veneno. Le aplicaron un torniquete y le hicieron beber una poción de tepejilote, además de una limpia en nombre de san Nicolás. Se encontraba inconsciente. El curandero era un hombre viejo y de pocas palabras. Fue tan sincero que sonó insensible. Al igual que se lo había explicado a la mujer, le hizo saber al campesino que la nauyaca es una serpiente muy venenosa, y que el bebé estaba muy pequeño y desnutrido para soportar la ponzoña. *No va a aguantar*, le dijo. *De esta noche no pasa*. Y le tocó el hombro en señal de apoyo. *Entonces préstame tu burro. Lo voy a llevar con un médico y vas a ver que sí se salva*.

Llegó a tiempo para tomar el autobús de mediodía. En la ciudad, no consiguió que ningún doctor le confirmara que su hijo se salvaría. De hecho, ninguno le dijo que el niño siguiera

con vida. Se le había muerto en el camino. Y allí, a nada de darle la noticia a su esposa, se enfureció con el curandero porque el desgraciado siempre tenía la razón. *Ojalá nunca aparezca su burro*, pensó. De inmediato se recriminó por tener esos pensamientos. Debía buscarle al animal perdido con todo y juste, y debía agradecerle por el favor. Pasó por un terreno, que no hacía mucho tiempo, las autoridades municipales habían destinado para panteón y que hasta ahora nadie había ocupado. *Ay prietito*, suspiró al imaginarse lo solo que estaría su retoño.

Abrió la puerta de costaneros. Su esposa estaba sentada. Sus ojos evidenciaban lo mucho que había llorado. Justo terminaba de limpiar frijoles. Sus dos pequeñas, de cuatro y seis años dormían en el petate sobre el piso de tierra. En la pata del fogón tenía un gallo amarrado. La mujer esperó una respuesta. Él sólo movió la cabeza en negativo. Al verlo, se derrumbó de rodillas como un árbol de chicozapote, que no importa cuán dura sea su madera, se caen cuando se ablanda la tierra. El campesino entró a la casa y le entregó el cuerpecito empapado. Dio la orden de cambiar la sabanita y volvió a la puerta. *¿A dónde vas?*, preguntó la mujer conteniendo el llanto con visible dificultad. *Hay que tocar la campana*, respondió. Y ella deseaba suplicarle que no lo hiciera, porque una vez sonadas las campanadas, oficialmente tendría un hijo muerto. Pero no insistió. Lo dejó marchar.

En el camino a la capilla, el campesino ya empezaba a sentirse solitario como un coyote. Ya no lo acompañarían los pensamientos optimistas y antelados que daban vueltas en su cabeza. *Nomás que mi hijo crezca ahí va a andar conmigo. Partiendo leña, sembrando frijol y chile. Me va a ayudar a sacar los surcos de maíz y vamos a regresar juntos pa' la casa. Y acá lo voy a ver abajo de los cocuites, haciendo su tarea cuando pongan la escuela, pastoreando borregos así, como Don Benito Juárez*. Sintió envidia por su mujer, pues las niñas la seguían a sol y sombra.

Después de las campanadas no quedaba más que esperar el apoyo de los vecinos. Los primeros en llegar fueron el comisariado ejidal y su señora. La mujer preguntó por su esposa. *Ha de estar bien triste, pobrecita, y más que es el primero que se le muere.* El campesino pensó en sus hijas. Tan felices recogiendo nanches, revisando los nidos de las pepenchas o nadando en el arroyo cuando acompañaban a su mamá a lavar ropa. Se propuso hacer una mejor casa, sin rendijas, con palmas cortadas en luna llena y con pósteles de chipil. Y podría llegar a un acuerdo con los ejidatarios; desmontar sus parcelas a cambio de sacar un par de siembras y así le alcanzaría el grano para criar puercos, gallinas y guajolotes. Porque en su hogar ya no iba a tener ni serpientes venenosas ni hijas desnutridas.

El agua hervía en la olla de barro. Al escuchar las campanadas, la mujer lo dio por definitivo. Su varoncito estaba muerto. Se acercó a la hamaca para mirarlo y no había duda, ahora si se veía sin vida; rígido y con un ligero tono morado. *El primero va parado*, recordó. Imaginó una pequeña tumba en alguna esquina de ese panteón nuevo y decidió que su hijo no sería un vigilante. No permitiría, de ninguna manera, que lo enterraran parado como dictaba la costumbre. Sintió tantas ganas de acostarse a llorar, sin embargo, sabía que tendría el tiempo suficiente. Acudiría seguido a la sepultura con velas y flores frescas y ahí lloraría todo lo que fuese necesario. Pero ahora, debía matar al gallo, pues era de noche y San Pedro dormía con las puertas del cielo cerradas. Era urgente despertarlo. San Pedro es muy piadoso, pensó mientras tomaba al gallo en sus manos y le torcía el pescuezo. Remojó al ave en el agua caliente y lo desplumó. Tenía que prepararle un caldo a su marido, pues seguro que no había comido nada en todo el día. Y debía poner a hervir el nixtamal. Y hacer café. Conseguir dinero para las velas, la caja, la ropita del niño, el pan. Así que, en lo que el caldo hervía en el fogón, se dirigió a los costales

de mazorcas. Arrastró uno hasta una esquina, cerca de la puerta. Tendió un petate en el suelo y vació el contenido del costal encima. Acercó un pequeño trozo de madera para usarlo como banco y se puso a desgranar con apuro. En la mañana mandaría a sus hijas a ofrecer el maíz casa por casa. No sabía cuánto dinero ocuparía para solventar los gastos de esa tragedia, pero algo tenía claro; *de manos cruzadas no se va a resolver nada*. En medio de varios costales a contra esquina, la nauyaca aguardaba. Su olfato era infalible.

TERCERA MENCIÓN HONORÍFICA

ROBERTO OMAR ROMÁN

Nació en la Ciudad de México en 1965. Es cofundador e integrante del Grupo Literario Urawa, iniciado en mayo de 1993 en la ciudad de Toluca, Estado de México. Es autor del libro de cuentos breves *Artilugios* (2018), ha publicado minificciones en la revista *Urawario*, cuentos en las antologías colectivas *La semana comienza los sábados* (1997), *Gambusinos* (2006), *Átomos literarios* (2012), *Cuentos del Sótano VI* y en *Alebrije de palabras* y *Vamos al circo*, de la BUAP. Ganó el Concurso Nacional de Cuento del 12° Festival Internacional de Escritores y Literatura en San Miguel de Allende, Guanajuato, con el cuento “La mala tierra” (2017). El primer lugar del Primer Concurso de Nelson Mandela, en la categoría de prosa, patrocinado por *Pretextos Literarios* y la embajada de Sudáfrica en México, con el cuento “El día de la libertad” (2018). Asimismo, ganó por segunda ocasión el Concurso Nacional de Cuento del 15° Festival Internacional de Escritores y Literatura 2019 en San Miguel de Allende, Guanajuato con el cuento “El lado roto de la vida”. Es servidor público de la Secretaría del Medio Ambiente del Estado de México.

HUMO AMARILLO

Los que caminaban junto a Enodio Trejo, tropezando y pateando piedras, levantaban nubes de humo amarillo que desaparecían como un respiro al chocar en las caras de los de atrás. Cargaban junto con el desaliento, palas y picos al hombro. Los arreaba el ansia. Querían que ese Enodio, el que fue a sacarlos de la iglesia, donde estaban apretujados, temerosos, rechinando los dientes entre rezos y malas palabras, les dijera cuánto más tenían que caminar, pero no se atrevían a preguntarle.

Cuando fue por ellos los encontró alumbrándose con veladoras a medio consumir. No lo reconocieron de inmediato.

—¿Quién eres y a quién buscas? —le preguntaron cuando llegó—. Algunos lo miraron curiosos tratando de hallarle parecido.

—Soy Enodio Trejo —respondió enérgico, acicateado por el picante olor a miedo de los hombres—. Los busco a ustedes —dejó de hablar al escuchar el lloro de mujeres, luego repitió—: Vengo por ustedes.

Oyó que le decían *fantasma profeta*, después risitas y susurros que hicieron ondear un velo de aire amarillo, oloroso a encierro. Como un insulto brotó una voz cascada, de mujer mayor.

—¿Y a dónde nos llevas, digo, si se puede saber, Enodio?

Respondió de buen ánimo, sin apresurarse, casi paternal.

—¡Cómo a dónde, pues a buscar el sol!

Volvió a oír risitas, y *fantasma, fantasmita profeta*. Sintió respiraciones cercanas. Tres o cuatro hombres se le aproximaron como perros oteando a un extraño. Pudo distinguir, cuando se acostumbó a la penumbra, que la voz vieja pertenecía a Matea, su madrina. También vio los rostros rudos de aquellos hombres, reducidos a pucheros de criaturas a punto de llorar. Algunos rezaban el rosario tan quedito con las mujeres que parecían avergonzados. Una maldición se escuchó enseguida a un tosido seco y bilioso que parecía desgarrar a quien la profería.

Enodio Trejo frunció la nariz, dulcificó el tono para darles confianza:

—No se espanten, ni se hagan los ingenuos, que ya el viejo Leandro, que en paz descanse —se quitó con sumisión el sombrero en señal de pésame—, nos había advertido que el sol estaba muriéndose, o qué, ¿no han salido a asomarse cómo llueve humo amarillo?

—¿Será por eso, Enodio?

—¡Pues claro que es por eso, hombres! O qué, ¿creían que del cielo les estaban echando fuegos de fiesta de feria?

Un anciano masculló algo referente al juicio final, luego resonó la misma maldición acompañada del áspero tosido. Desafiante, Enodio abrió la puerta y salió. Unos ocho se animaron a seguirlo. Señaló arriba, y ellos, asombrados como niños en circo, observaron una enorme yema de huevo mordisqueada en rededor que se desmoronaba, humeando un amarillo subido.

Enodio Trejo repitió burlón:

—O qué, ¿creían que del cielo les estaban echando fuegos de mitote de feria?

—No, tampoco creíamos eso —respingó altanero el de la voz maldiciente.

—¿Cuántos son ustedes?

—Casi estamos todos; los que se hartaron de estar aquí aplastados se largaron junto con su prole, Dios sabrá adonde, Enodio.

—¿Y el padre?

—Se fue con ellos. Los guía en estas infames penumbras olor purgatorio.

—Muy mal por los que se fueron —dijo Enodio Trejo, resignado—. Ustedes, los hombres, es decir, agarren el pico, la pala o lo que tengan para cavar hondo y vámonos. Las mujeres y los que no tengan fuerzas que se queden aquí.

Un hombre flaco y desganzado señaló arriba con ingenuidad y se dirigió a los demás con la mirada vaga, sin esperanza:

—¿Entonces, ése es el sol?

—Lo que queda de él —contestó Enodio, y antes de que otro más preguntara, ordenó:

—¡Vámonos ya!

Empezaron a caminar, cautelosos, abriéndose paso como si espantaran abejas con el brazo desocupado. Seguían atentos a la llamita crepitante del cirio llevado al frente y en alto por Enodio Trejo. Los ojos les ardían como si les hubieran arrojado chile, y sentían una comezón que maldecían no tener las uñas multiplicadas por cien para darse a basto en rascarse. Muchos se dejaban caer de espalda para restregarse en las piedras. Luego, ya satisfecha su necesidad, les gritaban a los de adelante para que los esperaran. Sin embargo, el humo les había retacado las orejas y no los oían, o no querían esperarlos, temerosos de perder al guía.

Nadie supo cuánto caminaron antes de que Enodio gritara la orden de descanso cuando llegaron a un sumidero donde era menos denso el humo. Mordían, de nervios, cortezas y ramitas que habían venido arrancando de los árboles. Se miraban con curiosidad, entrecerrando los ojos como ancianos miopes. Querían reconocerse, sentían ganas de platicar, de pedir ayuda para

rascarse. Querían, también, preguntar a Enodio a dónde iban, si ya mero llegaban o cuánto faltaba, pero temían una mala respuesta y preferían callar. Resollaban como bueyes fatigados resistiéndose a respirar aquel mal aire, pero sintiendo ahogo lo tragaban a bocanadas.

Invocando a Dios, uno de los hombres preguntó al de enfrente:

—¿Eres Refugio Soto, compadre?

—Soy.

—¡Qué bueno que eres tú!

—No puedo ser otro.

—En eso tienes razón, compadre. Ahorita yo creo que todos quisiéramos ser otros, ¿pero qué le hacemos? Oye Refugio, no te molestes por lo que digo pero tú lo recordarás mejor que yo, porque muchas veces tú mismo lo juzgaste de loco marihuanazo, porque andaba siempre espulgando debajo de arbustos y árboles y deteniendo a la gente para decirle que el sol, que la tierra, que la luna, las estrellas y no sé cuántas barbaridades más se estaban muriendo. Y no conforme con andar repitiéndolo a los cuatro aires, hasta las puertas de nuestras casas nos iba a sermonear con la misma cantaleta. Te has de acordar seguramente, cómo iba aquello que *Leandro Lurias*, o el *Profetita Fantasma* como lo mal nombraban, decía.

Refugio Soto siguió mascando, sin sentir curiosidad por saber quién le hablaba. Entornó los ojos como si recordara un hecho lejano. Luego, despacio, repitió de memoria lo que ya había dicho muchas veces a quienes se lo pedían:

Hijos de su mal dormir, no se queden aplastados, salgan a buscar otro sol, un sol joven. Éste que está ahorita ya se va a morir de viejo, ya se nota que su tibieza es de cansancio, como el resuello del moribundo. Salgan a escarbar debajo de los árboles más anchos que vean; en las raíces de alguno está atado de greñas el sol joven, hay que hallarlo antes de que nos lleve la jodida...

—Y tú qué crees, Refugio, ¿será verdad?

—Yo ya no quiero creer.

—Recordarás también, Refugio, que la gente se hartó de las prédicas de Leandro, lo llegaron a bañar con baldes de agua fría para quitarle el ánimo necio y loco, por eso se murió de pulmonía. El único que siempre le fue fiel, el que siempre estuvo con él en las buenas y en las peores, fue Enodio Trejo. Yo creo porque también fumaba la misma yerba, o bien, porque andaba tras Zenaida, su hija... creo tú también andabas tras ella, ¿no?

Refugio tosió. Mirando con atención distinguió que el conversador era Cecilio Aranda. Se extrañó que de pronto se hubiera vuelto tan platicador, cuando antes ni el saludo le dirigía; ni siquiera el día en que llevaron cargando en peregrinación a la Dolorosa de san Dimas.

Refugio sacó con calma una rama chaparra y gorda como caña y la mordisqueó sin apuro. Cecilio habló menos entusiasmado.

—¿Sabes una cosa que sí me preocupa, Refugio?, te lo digo en confianza, compadre. Me preocupa que esta misma perra comezón que sentimos hasta debajo de las uñas también la sienta mi Obdulia, y pida ayuda para rascarse. Si es a una mujer a quien pida ayuda, está bien, pero si es uno de nosotros, mejor dicho, de los que se quedaron a rezar con las mujeres, entonces si está riesgoso el asunto, conociendo lo fogosa que es. Oye, y no será que Enodio también nos está viendo la cara, a la mejor sólo está nublado y lo amarillo se debe a que los gringos nos echaron un experimento químico para apropiarse de nuestras tierras...

Refugio siguió mascando, se acuclilló a buscarse los pies porque el humo se los había envuelto. Sonrió, imaginando cuánto le gustaría ser él quien rascara a Obdulia.

Enodio Trejo gritó:

—¡Vamos! Hay que cavar bajo esos abetos, están frondosos, quien quita, allí esté el nuevo sol.

Los hombres se levantaron, perezosos como espigas de trigo mojado. Dando tumbos comenzaron a escarbar. Los más cansados, hincados y rezando a gritos denotaban su presencia para no golpearse entre ellos.

Varios hombres permanecieron sentados, murmurantes y esquivos. Uno de ellos, súbitamente se puso en pie y arengó, vehemente, segmentos de *El Génesis* y *El Apocalipsis*. Después, con la mirada fascinada, febril, etérea, prendió una rama seca que en poco se hizo tea y la empuñó en alto. Logró convencer a doce de aventar sus palas y tomar rumbo contrario al que llevaban. Buscarían su propio sol.

Refugio sonrió, orgulloso de atestiguar el surgimiento no de un guía, sino de un profeta... quizá otro Leandro.

Entre los doce reconoció a Cecilio Arana.

Un estruendo en lo alto los estremeció. Enodio Trejo gritó:
—¡Vamos, muchachos!

Refugio se apresuró a recoger las palas abandonadas. Calculó el dinero que obtendría por su venta. Luego, delicadamente sacó de la bolsa de su camisa el retrato de Obdulia y lo besó.



Editorial Ariadna agradece a los escritores que participaron en el Premio Ariadna de Cuento 2020, año tan incierto como un intrincado laberinto, marcado por la pandemia. Felicitamos no sólo a quien ganó el Primer Lugar y a quienes obtuvieron las Menciones Honoríficas, sino a todos los que enviaron sus textos. En el próximo Premio Ariadna 2021 habrá de nuevo oportunidades para todos los escritores y escritoras que participen.

ISBN: 978-607-8269-47-1



9 786078 269471

Editorial Ariadna

